

**RELATO GANADOR DEL III CERTAMEN DE RELATOS
SOBRE DERECHOS HUMANOS
2017**

SAHIRA

Lydia Hernández Téllez

GUÍA DE LECTURA

Debido al uso de algunos términos en lengua árabe, he visto necesario elaborar este glosario, traduciéndoos.

- *Shaqiq*: hermano.

- *Shaqiqqa*: hermana.

- *Abaya*: prenda de vestir. Consiste en una especie de túnica que cubre desde la cabeza hasta los pies.

- *Hiyab* (hijab): prenda de vestir. Se trata de un pañuelo que cubre el cuello y el pelo.

- *Niqab*: prenda de vestir. Es un velo que cubre la cabeza y la cara, salvo los ojos.

- *Mutaween*: policía religiosa bajo los mandatos del Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del vicio.

- *Muhalabia*: postre tradicional.

- *Jinn*: genio.

*“Hombre, ¿eres capaz de ser justo?
Una mujer te hace esta pregunta”*

-Olympe de Gouges-

La vida tiene distintos niveles, eso es lo que he aprendido.

A cada nivel le corresponden unas obligaciones: *Allah* está por encima de todos nosotros. Él nos lo dio todo, Él nos lo puede quitar. No debemos enfadarle.

Allah creó todas las cosas del mundo: el cielo, la tierra, los animales, la luz... y a los hombres, a su imagen y semejanza. Las mujeres fuimos creadas con el hombre, unidos por un vínculo eterno. Ellos, duros y fuertes, están destinados a realizar grandes hazañas en Su nombre. Nosotras, frágiles y dependientes, tenemos que servir a los hombres.

Somos incapaces de decidir, nos equivocamos fácilmente, así que permanecemos al cuidado de los hombres. Las mujeres somos débiles y, por ello, propensas al pecado. Debemos tener cuidado; no incitar la ira de *Allah*.

Región de Quiriat, Arabia Saudí, 2005

Vivo en un pueblo pequeño, con mi hermano, Rakin.

Cada mañana me levanto temprano, me pongo mi abaya negro, mi hiyab, y bajo a la cocina. Preparo el desayuno para él, que no mucho más tarde se irá a trabajar. Yo me quedo en casa.

Por las tardes, me pongo mi niqab y paseamos por las calles del pueblo, por el mercado. A veces, deja que me compre algo: un bolso, unos zapatos, un collar...

Por las noches, suelen venir sus compañeros del trabajo a cenar. Yo cocino, sirvo, y me siento un tanto a parte.

Nunca viene nadie a verme, no caigo muy bien en el pueblo. Eso hace que a mi hermano le cueste encontrarme un esposo. Siempre me explica lo complicado que es por mi culpa. Yo me disculpo, avergonzada.

Él tiene razón. Y es que, siendo más niña, no me gustaba obedecer. Corría sola por la calle, intentaba jugar con los chicos, llegué incluso a colarme en el colegio a estudiar, cuando mi padre lo había prohibido.

Un día, miembros de la *mutaween* me encontraron sola en la calle y me llevaron a casa. Papá se enfadó un montón. Las malas lenguas dicen que le maté del disgusto. Lo siento mucho.

Ahora intento portarme mejor: siempre obedezco a mi hermano, nunca contesto; me visto correctamente, incluso en casa. Tal vez así *Allah* pueda perdonarme.

Hoy, vinieron a cenar los compañeros de mi hermano. Yo cociné, serví y me senté aparte, como siempre. Pero el día terminó diferente.

En algún momento de la noche, Rakin me llamó. Sentados a la mesa estaban sus fieles amigos, frecuentes comensales en la casa, y un nuevo invitado. De aspecto desaliñado, vestía una túnica algo manchada. El poco pelo que le quedaba intercalaba el negro con las canas. Podía sentir el peso de su mirada en mí, mientras esbozaba una siniestra sonrisa.

- *Shaqiqa*, este es Nâsser. Se ha mudado al pueblo hace poco. - asentí- Entró a trabajar a mi equipo hace unas semanas, es un gran hombre: trabajador, responsable y leal. -Nâsser sonrió, adulado. Yo volví a asentir, comprendía a dónde iba a llegar todo esto-. *Shaqiqa*, hoy he decidido quién será tu futuro esposo.

- Me hace muy feliz, *shaqiq* -contesté, reteniendo mis lágrimas.

Nâsser es un buen hombre, mi hermano no para de repetirlo. Yo le doy la razón. Vivía en un pueblo cercano, pero la deshonrosa actitud de su tercera mujer le avergonzó tanto que decidió mudarse. Fue una mala esposa y recibió un duro castigo, yo debo ser buena.

Nâsser tiene otras dos mujeres, Dalia y Lina. Buenas y dóciles, como he de ser yo. Rakin no deja de repetir que debo servir bien a mi futuro marido, mejor incluso que a él; debo hacerle feliz. Yo prometo que lo haré.

Con la puesta de sol, me desvisto y me miro en el espejo. Observo cada parte de mi cuerpo, quiero memorizarlo: guardar en mi mente cómo soy ahora, antes de que todo cambie. Solo en el último momento del día, ya acostada, sola, y arropada por el silencio de la noche, me

permiso derramar unas lágrimas y me pregunto dónde queda mi felicidad en todo esto. Tal vez no importe.

Hoy, volveremos a tener invitados en la cena. Quizás sería mejor expresarme en singular: solo nos acompañará Nâsser. Rakin quiere que nos conozcamos algo más antes de la boda, que se celebrará pronto.

Intento comportarme como si fuese un día normal, pero Rakin actúa diferente. Me ha comprado un vestido nuevo, un tanto distinto a mi abaya habitual: es de color verde, tela fina y no cubre mi cabello. No me siento cómoda, pero Rakin quiere que me lo ponga. En un intento por tapar mi vergüenza, decido llevar mi niqab, como si saliese al mercado, como si fuese otra cena normal; como si no fuese a casarme con ese hombre. Así, con mi ropa nueva y vieja, cocino, sirvo y, esta vez, me siento a la mesa.

Nâsser llega y le damos la bienvenida. La velada transcurre de forma tranquila: los dos hombres comentan cosas del trabajo, hablan sobre deportes, el tiempo, hacen chistes... Yo intervengo poco en la conversación; me centro en la comida y en no manchar el vestido nuevo.

- *Shaqiqa*, ¿no estás incómoda comiendo así? -pregunta mi hermano.

- Estoy bien, *shaqiq*.

- ¡Vamos, deja que Nâsser te observe bien! -exclama, mientras descubre mi rostro. Yo estoy paralizada-. ¿Verdad que es hermosa, amigo mío?

- Eres muy bella, Fariha -comenta Nâsser. No contesto.

- ¡Y tiene 14 años! ¿A que parece mucho más joven?

- Es innegable.

Intento ponerme de nuevo el niqab, pero mi hermano me detiene. “*No seas tímida*” dice. Yo bajo la mirada; no quiero estar aquí. Quiero irme a mi habitación, ponerme mi abaya de siempre y tumbarme en la cama, sola. Pero la cena sigue, mientras ellos continúan comentando lo guapa, lo buena y lo educada que soy; lo bien que cocino, lo felices que vamos a ser, lo bonita que será la boda.

Según se vacían los platos, empiezo a recoger la mesa. Decido entretenerme unos minutos más en la cocina para limpiarlos y guardarlos. En ese proceso me encuentro cuando Rakin se acerca a mí.

- *Shaqiqa*, voy a comprar *muhlabia* para nuestro invitado. No tardaré.

- ¿Vas a dejarme sola con Nâsser, *shaqiq*? -me atrevo a preguntar.

- ¿Cuál es el problema? Al fin y al cabo, dentro de unos días será tu esposo -me da un beso en la mejilla-. Estoy muy orgulloso de ti, Fariha. Piensa en lo feliz que estaría padre. Ya eres toda una mujer.

Sonrío debajo del velo mientras él se aleja. *Piensa en lo feliz que estaría padre* me digo, mientras sigo fregando los platos. Pienso y recuerdo cómo era estar a su lado, cuando yo seguía siendo una niña para todos, cuando el concepto del pecado era ajeno a mi persona, cuando solo quería correr libre por las calles. Mi padre todavía sonreía. Pienso y recuerdo su risa cada vez que Rakin o yo decíamos alguna locura. Pienso y recuerdo cómo sonaba mi nombre pronunciado por sus labios. *Fariha*. Tan dulce, tan suave.

Pienso y recuerdo, y eso me hace llorar. Nâsser me oye y viene a la cocina.

- ¿Estás bien, Fariha? -Qué diferente es escuchar mi nombre con su voz.

- Pensaba en mi padre -confieso.

Nâsser se acerca por mi espalda y me acaricia el brazo. Siento escalofríos.

- Lo siento mucho, entiendo el peso que es haber perdido a tu padre -Se acerca más a mí. Desliza lentamente su mano por mi brazo, por mi cintura-. Pero no estés triste -me susurra al oído-, es una noche feliz.

El agua del grifo sigue corriendo. Nâsser alcanza mi muslo y vuelve a subir su mano por mi torso, lentamente. Aun a través de las telas, siento su respiración en mi cuello. Sigue acariciando mi cuerpo, hasta llegar a los pechos, y eso me hace despertar.

Consigo apartarle lo suficiente como para salir de la encerrona y me aparto de él. Me dirige una mirada feroz y una sonrisa que hiela mi cuerpo.

- Llevas un vestido muy bonito, Fariha.

Yo me sigo alejando, despacio. Él se acerca a la par. Uno, dos, tres, cuatro. Paso a paso, acabo rozando la pared. Me pego a ella, me agarro como puedo en busca de una protección que no existe. Pocos segundos después, me alcanza. Vuelve a colocar sus manos en mi cintura.

- ¿No te lo explicó tu hermano? Una buena esposa hace feliz a su marido.

Feliz. No paro de escuchar esa palabra. Claro que Rakin me lo dijo: debo ser buena, debo hacerle feliz. Igual que a él, más que a él, más que a mi padre. Todos ellos lo habían sido. Vuelvo a preguntarme: ¿dónde queda mi felicidad? La mía, la que me merezco, la que hace que alce la pierna y golpee a Nâsser en sus partes masculinas.

Nâsser grita de dolor y se aleja de mí, por fin. Asustada, me encojo sobre mí misma. Él golpea la encimera y algunos platos caen al suelo. Lo más rápido que puede, sale de la cocina.

El agua del grifo sigue corriendo. Es lo único que se escucha cuando Nâsser, ya fuera de la casa, grita: ¡*Sahira!*

Sahira.

Bruja.

El rumor corrió como la pólvora. Cada cual contaba su historia: había hecho que miles de agujas se clavasen en su cuerpo, había invocado a mi *jinn* para que le poseyera, le había dejado impotente con un hechizo... Nunca supe cuál fue la versión oficial, tal vez una mezcla de todas o ninguna de ellas.

Para cuando Rakin regresó, yo ya me había encargado de limpiar los rastros del suceso y me encontraba en la cama, fingiendo dormir. No se enteró hasta la mañana siguiente: la *mutaween* llamó a nuestra puerta nada más salir el sol; yo no me atreví a abrir. Escuché desde mi habitación su brutal entrada, los oí recorrer mi pequeño hogar de arriba abajo mientras mi hermano, atónito, intentaba formular alguna frase.

No tardaron mucho en llegar a mi cuarto. Asustada, intenté oponer resistencia: chillé, pataleé, traté de zafarme de sus zarpas.

Me arrastraron hasta la salida.

- ¡Radik! -grité, mientras abrían la puerta. Los vecinos se habían asomado a la ventana, algunos incluso se arriesgaban a salir a la calle, intrigados.

- ¡Ayúdame, *shaqiq!*

No obtuve respuesta.

No sé cuánto ha pasado exactamente: días, semanas, quizá meses. Es difícil calcular el tiempo entre estas cuatro paredes, encerrada. Ahora vivo en una celda pequeña, sola. Creo que siempre lo he estado.

Por las mañanas, aparece un plato de comida casi de la nada, lo suficiente para aguantar la jornada. No mucho más tarde, comienzan los golpes.

Por las tardes, cambiamos de sala. Paseo por un laberinto de pasillos sin pronunciar palabra. Aunque la actividad suele cambiar, lo más normal es que me encadenen los brazos y me cuelguen de la pared. Si grito, responden de forma agresiva. No siempre lo hacen con palabras.

Por las noches, la cena se sirve del mismo modo. En la madrugada, suena una alarma cada hora, lo he calculado.

Cuando el mundo se queda en silencio, comienza un nuevo día.

Ya no sé cuál ha sido mi pecado, ya no entiendo por qué Allah me castiga. Empiezo a pensar que no es Él quien lo hace. Si supiese lo que quieren, se lo daría encantada, con tal de que parasen. Solo espero no tardar mucho en descubrirlo.

No podía comprender qué pasaba, simplemente me sacaron de allí. Me llevaron a un lugar muy diferente, donde me permitían hablar y no había más golpes ni cadenas. Me guiaron amablemente hasta una sala amplia, y me sentaron frente a una mujer sonriente.

Preguntó cómo me encontraba. No supe qué contestar. “*Entiendo todo lo que has pasado*” me dijo. “*Ha sido una experiencia dura, y todo terminará... con una condición*”. No perdió la sonrisa en ningún momento. “*Solo tienes que firmar*”.

- No sé escribir, ni leer -dije, tímidamente.

- Eso no importa aquí, Fariha -me llamó por mi nombre. ¿Cómo lo sabía? - Es algo muy fácil: manchas tu dedo en esta tinta y lo plasmas en el papel.

- ¿Todo acabará?

- En cuanto firmes.

Era tan fácil. Debí sospechar, pero solo pensaba en salir, volver a casa con Rakin. Explicarle que yo había sido buena, que *Allah* no estaba enfadado, ni papá; que no hacía falta que me casase con Nâsser. Nos podríamos ir del pueblo y encontraríamos una nueva vida.

Apoyé mi dedo contra el papel, con fuerza. Volvería a casa.

Pero no fue así. Ahora lo sé.

Ahora, rodeada de gente, me sigo sintiendo sola. Todos observan atentamente mi camino hacia el centro del lugar, acompañada de tres hombres de la *mutaween*. Que todos vean bien el castigo por un pecado no cometido.

Se forma un círculo a mi alrededor, con todos aquellos que no pueden evitar mirar. Algunos comienzan a gritar: *¡Sahira, sahira!* Yo no puedo parar de llorar. Me atan las manos a la espalda con fuerza. *¡Sahira, sahira!* Los tres hombres forman un triángulo entorno a mí. Uno de ellos comienza a gritar al público:

- En el día de hoy, 28 de abril de 2006, se hace efectiva la condena de esta mujer, por el crimen de brujería.

- *¡Sahira, sahira!*

El triángulo se deshace. Los dos hombres silenciosos se acercan a mí y me obligan a arrodillarme. *¡Sahira, sahira!* El portavoz saca su espada. Me agarran del pelo con violencia y hacen que agache la cabeza. *¡Sahira, sahira!* El portavoz afila su espada. Yo no puedo parar de llorar.

Se acerca. *Sahira*. Alza sus brazos al compás de mis llantos. *Sahira*.

El mundo se detiene. Levanto un segundo la mirada del suelo, y creo ver a una niña corriendo entre la multitud mientras ríe, feliz. No pares, pequeña niña, vuela alto; no mires atrás.

Uno...

Dos...

Sahira

Este relato se basa en el caso de Fawza Falih, mujer saudí condenada por brujería en 2005 tras el testimonio de un hombre que afirmaba haber quedado impotente por sus hechizos. Fue torturada durante 35 días y obligada a firmar su confesión, aun sin saber leer. A pesar de las quejas y presiones de la comunidad internacional, Fawza Falih fue ejecutada. No es la única condena producida por brujería estos últimos años.